

que pesa sobre cada uno cuando corre el riesgo de transmitir á otros una carga hereditaria que pesa sobre él, frecuentemente agravada con sus propias faltas (1). Muchos dudarian de embarazar á la sociedad con inválidos, con seres endebles en lo físico y en lo moral, que la civilización, por una tendencia que le es inherente de una manera fatal, tiende á conservar y á rodear de cuidados que rehusa á los mejores. Esta preocupación de la herencia, si existiera en las costumbres más que las leyes, sería un medio completamente natural de eliminar de la sociedad los elementos más malos, medida radical, puesto que les impediría nacer. Sin suponer, lo cual sería quimérico, que la idea de esta responsabilidad se impusiera á todos los ciudadanos como un deber inexorable, bastaría con que obrara sobre el mayor número para producir un gran mejoramiento.

Notemos que semejante cambio en las costumbres acarrearía como consecuencia esa reforma de las leyes de que hemos hablado más alto. La institución racional de las penas, problema que no han tratado todavía los legisladores de profesión, debía ser un método de selección, semejante en ciertos aspectos á los procedimientos de los ganaderos, lo cual tendría su resonancia en el porvenir.

Pero no hay que entregarse, con ciertos autores, á las ilusiones de un optimismo muy consolador, ni creer que una práctica inteligente de las leyes de la herencia puede hacer milagros y realizar la quimera de moda, de un progreso sin fin. Todo lo que se puede lograr por la herencia se reduce, en definitiva, á una selección creciente y razonada, que tiene por fin único un aumento de civilización, y este fin no puede ser alcanzado más que por una cultura intensa de los dones espirituales y morales del hombre. Este aumento no es

(1) Para el estudio completo de esta cuestión, véase á Marion, *La solidarité morale*.

una creación metafísica, tiene una base orgánica; consiste en un desenvolvimiento más completo del sistema nervioso. Se sabe que el sistema nervioso del hombre civilizado es mayor que el de un salvaje en un 30 por 100, y ciertos autores sueñan para el porvenir con un aumento análogo. Admitamos de buen grado que esto sea posible. Siempre queda como verdad que el sistema nervioso llegará á ser una carga cada vez más pesada para el organismo. ¿Cómo la va á soportar? Además, esta modificación lleva consigo otras. ¿Y qué producirán éstas?

Ya se ha hecho notar «que hay una relación manifiesta entre un desenvolvimiento cerebral elevado y el retardo de la madurez sexual; que allí donde hay una fecundidad excepcional, hay pereza de espíritu, y que cuando, durante la educación, hay un gasto excesivo de actividad mental, se sigue frecuentemente una infecundidad completa ó parcial. Por consecuencia, se debe esperar que la evolución que el hombre ha de sufrir en adelante produzca ante todo una disminución en su poder de reproducción (1).»

Al principio, el exceso de población ha sido la causa próxima del progreso, puesto que ha producido la difusión de la raza, ha obligado á los hombres á abandonar sus hábitos de rapiña por la agricultura, y los ha forzado á entrar en la vida social y ha desenvuelto los sentimientos sociales. Pero si el exceso de fecundidad ha hecho inevitable el progreso de la civilización, el progreso de la civilización debe disminuir necesariamente la fecundidad y destruir, por último, su exceso.

Consuela este resultado admitiendo que la cualidad compensara la cantidad. Queda, sin embargo, incontestable que este acrecentamiento continuo del poder intelectual no irá acompañado de un acrecentamiento

(1) Véase Herbert Spencer, *Principes de biologie*, págs. 346 y 367.

semejante de fuerza física. Lejos de esto, aparte las excepciones, se puede decir que el hombre pierde de un lado lo que gana del otro. El adagio trillado «*mens sana in corpore sano*», si quiere decir alguna cosa, significa un estado medio físico y moral. La ruptura del equilibrio no se hace impunemente. El exceso de desenvolvimiento intelectual, aunque sea bien soportado por los padres, es pagado por los hijos. No es, pues, todo provecho. Lo que caracteriza al hombre civilizado es un desenvolvimiento extraordinario, desproporcionado de su actividad psíquica; pero este desenvolvimiento, á pesar de lo que sueña en este respecto, es limitado por la naturaleza de las cosas; ó lleva consigo la ruina del individuo.

Podemos, mientras tanto, resumir en algunas palabras todo lo que ha sido dicho de las consecuencias — psicológicas, morales y sociales.

Nuestra individualidad se compone de dos partes muy desiguales. La una, la más grande, la más estable, menos ruidosa, comprende esos instintos semi-fisiológicos que se unen á la conservación del individuo y de la especie, esos instintos morales que regulan nuestras acciones, esas formas del pensamiento que hacen posible la actividad intelectual.—La otra, la más pequeña, es la parte consciente que expresa las variaciones individuales de nuestro cuerpo y los mil influjos del exterior. La primera representa la especie y la raza; la segunda el individuo, y á lo más, la familia. De ordinario estos dos elementos de nosotros mismos están de acuerdo; los elementos específicos son la base sobre la cual apoya nuestra personalidad propiamente dicha su frágil desenvolvimiento. Pero si surge una desarmonía, aparece al momento todo el poder de la herencia: eso que llamamos nosotros nuestro yo, es decir, este poco de nosotros del cual tenemos conciencia, desaparece como si se sumergiera. Esto es, que los instintos poderosos que constituyen la especie, que son

prestados, no dados al individuo, representan una acumulación enorme de fuerza fijada por la herencia durante generaciones sin número. Todo esto ha sido consciente otras veces; pero, deviniendo poco á poco orgánicos, no han perdido estos instintos nada de su eficacia.

Asombraría menos el prodigioso poder de todos los instintos que se refieren á la conservación individual, si se pensase que son el resultado de una herencia que ha obrado durante siglos y que, á pesar de las apariencias, son la expresión de la especie, no del individuo.

Y los instintos de reproducción tan poderosos como ellos y á veces más trágicos ¿no son también la obra de la herencia? En este respecto, la teoría del amor de Schopenhauer nos parece profundamente verdadera. Basta desembarazarla de su fraseología metafísica, de las metáforas y de las entidades de que abusa, para ver que «este genio de la especie con sus exigencias infinitas, es el poder de la herencia». Aquellos que quieran leer el encantador y profundo capítulo: *Die Metaphysik der Geschlechtsliebe*, verán cómo la traducción de esta metafísica en una teoría fisiológica y positiva se hace fácilmente. Esos estados complejos que constituyen la pasión del amor, que se traducen por una elección, que imponen una preferencia: todo eso, como dice bien Schopenhauer, no son más que los adornos y lo accesorio. Pero el fondo del amor, lo que le da un carácter trágico, tiene su raíz en la especie: este poder inexorable que no cuenta para nada al individuo, le tortura, lo arroja á menudo á una muerte voluntaria, ¿qué ha de ser sino el poder soberano de la especie, instinto ciego, sin embargo, que fijado por la herencia, se ha repetido entre todos los seres vivientes, millares de veces durante millares de años?

Nosotros lo hemos repetido hasta la saciedad; lo que sorprende nuestras miradas no da más que una débil

idea del poder omnímodo de la herencia. En la hipótesis de la evolución, todos los seres actualmente vivos no son más que resultados de diferenciaciones progresivas. La herencia, bajo sus formas más estables y menos conscientes, nos hace recordarlo. «Me parece, dice Darwin en una hermosa conclusión que debería transcribirse entera, que debemos reconocer que el hombre, con todas sus nobles cualidades, la simpatía que él experimenta por los más desvalidos, la benevolencia que extiende no solamente á sus semejantes, sino también á los seres más humildes; la inteligencia divina que le ha permitido penetrar los movimientos y la constitución del sistema solar, el hombre con todas estas facultades de un orden tan eminente, conserva todavía en su sistema corporal el sello indeleble de su origen inferior (1).» Nosotros podemos decir otro tanto de su «sistema mental». El estudio que precede nos lo ha mostrado bastantes veces.

(1) *De la Descendance de l'homme*, t. II. Conclusión.

CONCLUSIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

LAS HIPÓTESIS SOBRE LA HERENCIA

I

Abordar las causas es arriesgarse en la hipótesis. Sin embargo, es preciso hacerlo, porque si la ciencia comienza con la investigación de las leyes, no termina sino por la determinación de las causas. Por otra parte, aquí como en todo estudio de hecho, sólo se trata de las causas segundas, inmediatas; ó, en términos más claros, de los antecedentes invariables. Para nosotros, explicar la herencia psíquica es referirla á una suma de condiciones tales, que si estas condiciones se producen, la herencia viene invariablemente, y si faltan, la herencia falta invariablemente. En todo lo sucesivo sólo se tratará siempre de las causas inmediatas; y si por un momento sobrepasamos un poco la experiencia, no lo haremos nunca sin prevenir que se entra en el dominio de las hipótesis.

«¿Cuál es la causa de la herencia psíquica?» Esta cuestión es la primera que se presenta. Esta suscita — ya lo veremos más adelante — otra más general.